

JAMES JOYCE

Dublineses

Edición de Fernando Galván

New Irish Books

Ready or to appear shortly

MAUNSEL & CO., LIMITED

96 Middle Abbey Street, Dublin.

DUBLINERS. By J. Joyce. Crown 8vo,
cloth. 3s. 6d. net (24th Nov.)

A book of studies of Dublin life, which, although detached, is by no means a mere collection of studies, but has a distinct unity. Never before has this side of Dublin been depicted in quite so real a manner. The author has written a book from the category of ordinary fiction, but it is a literature that will no doubt win the same success as the critics as did his book of poems published in New York, of which Mr. Arthur Symonds wrote: " . . . a very fine and delicate, and yet so full of music and such a really choicely choice among them . . . to do such tiny studies is to not only roses in mid-winter, but we are reminded of Elizabethan and more often of Jacobean lyrics."



Apenas veintitrés años tenía James Joyce cuando terminó la primera versión de lo que luego sería *Dublinese*. Era entonces un joven atormentado que buscaba en Europa la libertad, fuera del asfixiante ambiente de su Dublín natal, lejos del sofocante clima provinciano de Irlanda, donde se siente prisionero y donde tiene la convicción de que su arte no puede ser comprendido.

«Mi intención era escribir un capítulo de la historia moral de mi país y escogí Dublín para escenificarla porque esa ciudad me parecía el centro de la parálisis». Así explica el artista lo que para él constituyó una especie de ejercicio de exorcismo contra sus demonios interiores. Unos cuentos que debemos leer con precaución, prestos a percibir los ecos y los silencios.

INTRODUCCIÓN

Mi intención era escribir un capítulo de la historia moral de mi país y escogí Dublín para escenificarla porque esa ciudad me parecía el centro de la parálisis^[1].

Para Claudia

DE DUBLÍN A TRIESTE: EL PERIPLO DEL ARTISTA ADOLESCENTE

APENAS veintitrés años tenía James Joyce cuando terminó la primera versión de lo que luego sería *Dublinese*, en 1905. En efecto, en diciembre de este año envía desde la ciudad italiana de Trieste doce cuentos al editor londinense Grant Richards, pero la publicación —con el añadido de otros tres relatos— se demoraría hasta 1914. Sorprende quizá que a esa edad tan temprana Joyce no viva ya en Irlanda, sino en Europa, en Trieste, adónde había llegado en marzo de ese mismo año para enseñar inglés en la escuela de idiomas Berlitz. ¿Cómo es que este joven, nacido en Rathgar, un barrio de clase media de Dublín, el 2 de febrero de 1882, se encuentra en este otro extremo de Europa, escribiendo sobre su ciudad natal?

Hasta el 8 de octubre de 1904, efectivamente, Joyce había vivido siempre en Irlanda, con la excepción de una temporada relativamente breve entre 1902 y 1903, en que se había establecido en París con el propósito (quizá más bien la disculpa) de estudiar Medicina, aunque en realidad aprovechara el tiempo en la Biblioteca Nacional y en conocer el mundo estudiantil parisino, en medio de muchas estrecheces económicas que lo obligaban a ayunar, a veces durante varios días. Pero el anuncio de la muerte inminente de su madre, que le llega por telegrama a París, lo obliga a dejar Francia y volver a Irlanda en abril de 1903. Su madre

muere de cáncer el 13 de agosto de ese año, y a partir de ese momento parece que ya no hay nada que ate al joven Joyce a su país. En el año que transcurre entre la pérdida de la madre y el encuentro el 10 de junio de 1904, con Nora Barnacle, la mujer que lo acompañaría desde entonces a lo largo de toda su vida, el joven Joyce proyecta probablemente su futuro como artista más allá de las fronteras de un país en el que se asfixiaba. En 1904 escribe precisamente un ensayo titulado «Retrato del artista», que algunos críticos han querido ver como el germen de su novela posterior *Retrato del artista adolescente* (1916) (o su versión primera: *Stephen el héroe*), aunque en verdad se trata aún de un borrador muy inicial, escrito en un solo día (el 7 de enero de 1904), que no consigue publicar en *Dana*, una revista que iniciaba entonces su andadura bajo la dirección, entre otros, de W. K. Magee. Este editor lee el ensayo y se lo devuelve al autor con la confesión de que no podía publicar algo «que para mí mismo era incomprensible»^[2]. Mucho habrá de elaborar aún Joyce este borrador hasta que se convierta, años después, en una de sus mejores novelas. Este año de 1904 es también la época en que escribe algunos poemas y ciertos cuentos, que luego se incluirían en *Música de cámara* y *Dublinese* respectivamente. Y comienza entonces asimismo a trabajar en su obra póstuma *Stephen el héroe*, que no vería la luz hasta 1944.

Pero el encuentro con Nora Barnacle, una chica de Galway (en el occidente de Irlanda) de escasa educación que trabajaba en el Hotel Finn de Dublín, de la que se enamora, es posiblemente lo que lo anima a emprender la huida, en su compañía. Y juntos, en efecto, escapan al continente el 8 de octubre de 1904. Su primer destino era Zúrich, donde a Joyce le habían prometido un puesto como profesor de inglés en la escuela Berlitz, pero el empleo no se hace realidad porque nadie en Zúrich tenía conocimiento del asunto (Joyce había sido engañado por el agente británico con el que había negociado), de modo que Joyce y Nora

siguen hacia Trieste, donde había expectativas de trabajo. A las pocas horas de llegar a la ciudad italiana, Joyce se ve involucrado con unos marineros ingleses borrachos, y va a parar a la cárcel. El cónsul británico consigue de mala gana que lo dejen en libertad, pero el prometido empleo se esfuma de nuevo. La suerte, sin embargo, no lo había abandonado del todo, pues al poco tiempo lo contratan como segundo profesor de inglés en una nueva escuela Berlitz que acaba de abrirse en la vecina ciudad yugoslava de Pola (actualmente Pula), entonces bajo dominio austriaco, igual que Trieste. Desde finales de octubre de 1904 a marzo de 1905 viven Joyce y Nora en Pola, y Joyce sigue escribiendo su *Stephen el héroe* y los cuentos de *Dublineses*; pero esta ciudad costera a orillas del Adriático era un foco de agitación política permanente pues era el puerto principal de la Armada del Imperio Austro-Húngaro, de modo que al descubrirse allí un nido de espías, los austríacos expulsaron a todos los extranjeros de Pola, y los Joyce se vieron obligados a volver a Trieste, donde siguió enseñando en la escuela Berlitz de esa ciudad.

En esta localidad italiana vivirá Joyce durante casi diez años, aunque pasará algunos intervalos en otros lugares. Aquí acabó de configurarse *Dublineses* como colección de cuentos, y desde aquí —como se ha dicho antes— partió por correo, en diciembre de 1905, la primera versión del libro, integrada por doce cuentos, con destino a Grant Richards, que tardaría casi nueve años en publicarlo. Pero antes de entrar en la historia de *Dublineses* hagamos un breve recorrido biográfico por esos años de formación, pues —como ha señalado la crítica hasta la saciedad— no es posible comprender la génesis de la obra joyceana sin acudir continuamente a la biografía de su autor. ¿Qué ha ocurrido desde 1882 hasta este año de 1905? ¿Cuál ha sido la trayectoria del joven Joyce? ¿Qué es, en definitiva, lo que lo ha separado de su familia y su patria, y lo ha embarcado en la «aventura europea», convirtiéndolo en un «exiliado»?

James Joyce nace en el seno de una familia acomodada, y es el mayor de los quince hijos que tuvieron en su matrimonio John Joyce, recaudador de impuestos en la Oficina de Tasas de Dublín, y Mary Jane («May») Murray que se casaron en 1880. Pero a partir de 1891, cuando John Joyce pierde su trabajo como recaudador de impuestos (quizá como consecuencia de los disturbios políticos que suceden a la caída en desgracia y muerte en ese año del héroe irlandés Charles Stewart Parnell), la familia empieza a padecer dificultades económicas, que la obligan a cambiar frecuentemente de domicilio y a vender las propiedades heredadas. En todo caso, el hijo mayor disfrutará siempre de todos los privilegios, y recibirá una excelente educación; de hecho, es el único de los hijos que acudirá a la Universidad y obtendrá un título.

La relación de James con sus padres marcará buena parte de su obra, pues la madre es una figura de gran trascendencia para la familia, y en especial para el escritor. Su papel como elemento de unión y factor pacificador contrasta con los recuerdos que guardan los hermanos de la figura del padre, «un borracho egoísta», en palabras de Stanislaus Joyce, hermano menor del artista^[3]. Tanto John Joyce como Mary Murray (y también Stanislaus) aparecerán de forma recurrente en toda la obra joyceana, a partir de *Dublinese* y hasta *Finnegans Wake*. De hecho, en nuestra colección de cuentos veremos que la figura de Farrington, el padre borracho de «Contrapartidas», se basa en John Joyce, y que Stanislaus, por ejemplo, sirvió de modelo para el personaje del señor Duffy en «Un caso doloroso».

Como digo, el joven James tuvo las mejores oportunidades para su formación; en 1888, cuando contaba sólo seis años, ingresó en Clongowes Wood College, un prestigioso colegio jesuita enclavado en el campo, en el condado de Kildare, donde inició sus estudios con los mejores resultados. Pero el revés económico que sufrió la familia en 1891 puso fin a su estancia en Clongowes. Los Joyce tuvie-

ron que cambiar de casa en numerosas ocasiones en los años sucesivos (desde 1891 hasta 1897 habitaron en nueve domicilios diferentes)^[4], de modo que James hubo también de cambiar de colegio. Después de Clongowes pasó durante algún tiempo por una escuela de Hermanos Cristianos, en la calle North Richmond, en la zona norte de Dublín —donde también vivió la familia—, hasta que en 1893, con once años, se incorporó a otra eminente institución educativa irlandesa, el colegio Belvedere. Éste era asimismo un colegio jesuita, situado en el propio Dublín, al que acudían él y sus hermanos totalmente gratis. La experiencia de Belvedere, junto a la de Clongowes, marcará decisivamente la personalidad del escritor, que relató luego, con todo detalle, su evolución personal y artística en *Retrato del artista adolescente*. La exigente formación jesuítica dejó una huella indeleble en la carrera de Joyce como escritor, como ha sido puesto de manifiesto por la crítica, pero también ejerció una influencia muy importante en su propio desarrollo personal. El abandono definitivo de la fe en 1898, precedido por el descubrimiento del pecado y el sexo en 1896, y la pasión por la escritura, por el oficio de escritor, surgieron en estos años en Belvedere. La continuación natural del colegio era la Universidad Católica de Dublín, el University College, dirigido también por los jesuitas, y en 1898, con dieciséis años, se incorpora Joyce a él para estudiar lenguas modernas.

Los últimos años del Belvedere y el periodo de cuatro años en University College (1898-1902) constituyen una etapa de gran interés para el estudio de la vida del artista, pues es la época de consolidación de una personalidad tan peculiar como la de Joyce. En estos años de lecturas omnívoras, de aprendizaje de lenguas (francés, italiano, alemán, latín, noruego e irlandés), de incorporación al efervescente ambiente intelectual del Dublín de principios de siglo, Joyce va adquiriendo fama entre sus colegas y amigos de personaje difícil. Mientras los patriotas irlandeses formaban el

núcleo del «Teatro Literario Irlandés» o «Renacimiento Literario Irlandés» (integrado por figuras como William Butler Yeats, Lady Gregory, George Russell, George Moore, John Millington Synge o Padric Colum), que reivindicaba las antiguas leyendas y mitos gaélicos, Joyce vivía alejado de esos intereses, y preocupado por aprender noruego para poder leer en su lengua original a Ibsen. Con apenas dieciocho años Joyce escribe precisamente un ensayo titulado «El nuevo drama de Ibsen» («Ibsen's New Drama»), que le publican en 1900 en la prestigiosa *Fortnightly Review*, y que le granjea la simpatía del mismísimo dramaturgo noruego, que sobrepasaba ya los setenta años. Así pues, Joyce rechaza lo que él veía como debilidad insular del «Movimiento Literario Irlandés», al que acusa de provinciano, a pesar de defender en una ocasión, y casi en solitario, la obra de Yeats *La condesa Cathleen* (*The Countess Cathleen*) frente a los ataques católicos. Para Joyce se trataba de «europeizar» Irlanda, no de devolverla a sus orígenes míticos.

Uno de sus escritos más representativos de esta época es un ensayo que no consiguió que le aceptara la revista de la Universidad, sino que tuvo que publicar de forma privada, en 1901, titulado «El día del populacho» («The Day of the Rabblement»). En él arremetía con furia contra el movimiento nacionalista en el arte, señalando desde el primer párrafo —con una alusión a Giordano Bruno— que nadie que amara lo bueno y lo verdadero podría hacerlo si no se apartaba de la multitud: «y el artista, aunque pueda emplear a la masa, pone buen cuidado en aislarse». Este tono inicial de defensa del aislamiento intelectual lo llevaba después al enardecimiento y la pasión desbordada en la crítica:

Si un artista busca el favor de la multitud, ésta acabará por contagiarlo con su fetichismo y estudiados engaños, y si se une a un movimiento popular lo hace por su propio riesgo. En consecuencia, el Teatro Literario Irlandés al aceptar

los viejos mitos, ha renunciado al camino del progreso. Ningún hombre es un verdadero artista hasta que se libra de la mediocridad del ambiente, del entusiasmo barato, de las insinuaciones maliciosas y de todas las influencias lisonjeras de la vanidad y baja ambición^[5].

El caso que cita como ejemplo digno de ser seguido es, naturalmente, el de Ibsen, o su sucesor Hauptmann. Una crítica tan acerba como ésta al nacionalismo imperante no podía ser bien recibida, y le acarreó las antipatías de muchos, lo que lo separó aún más del grupo de intelectuales en el que se movía. A pesar de todo, Joyce contó con el apoyo de figuras importantes del «Teatro Literario Irlandés», como Lady Gregory, que le facilitó el conocimiento de Yeats, o A. E. (George Russell), que le publicó tres cuentos (que se integrarían después en *Dublinese*) en *The Irish Homestead*. Desgraciadamente las críticas desfavorables que se recibieron de los lectores, como cuenta Richard Ellmann en su biografía, impidieron a A. E. la aceptación de otros cuentos, como el de «Arcilla», que Joyce intentaría infructuosamente publicar en 1905^[6]. Mas la actitud del joven Joyce con algunas de estas figuras que lo ayudaron no fue precisamente de gratitud. Antes al contrario, como se recoge en la colección de materiales inéditos sobre el proceso de composición de *Retrato del artista adolescente* citada más arriba (nota 2), cuando Joyce conoció a Yeats su comportamiento con el gran poeta (entonces de treinta y siete años) no pudo ser más arrogante e insultante; cuenta Yeats que Joyce le leyó algunas de sus «epifanías» y, al alabársele las Yeats, el joven Joyce comentó:

[...] «En realidad no me importa si le gusta lo que hago o no. No supone para mí la más mínima diferencia. La verdad es que no sé por qué se las leo.» [...].

Luego se levantó para irse, y, cuando salía, me dijo: «Yo tengo veinte años. ¿Cuántos años tiene usted?» Le contesté,

aunque me temo que le dije uno menos de los que tenía. Entonces dijo con un suspiro: «Me lo imaginaba. Le he conocido demasiado tarde. Es usted demasiado viejo»^[7].

Y no sólo en incidentes privados de este tipo, sino incluso en una composición poética de 1904, titulada «El Santo Oficio» («The Holy Office»), se permitía Joyce un ataque directo y despiadado contra todos aquellos que lo apoyaban. El poema, cuyo título sugiere ya una identificación entre el grupo literario irlandés y el Tribunal de la Inquisición, destila una virulencia considerable en la sátira, en la mejor tradición de Dryden, Pope y Swift. La voz del poeta empieza dándose a sí mismo el nombre de «Catarsis-Purgativo», sigue luego parodiando unos conocidos versos de Yeats sobre su compromiso poético con Irlanda («Sé que me contarán / como verdadero hermano de una compañía / que cantó para endulzar los males de Irlanda...» había escrito Yeats), diciendo: «Pero no deben contarme / como uno de esa compañía de cómicos...»; y pasa a continuación a criticar, con detalles personales, a otros miembros del grupo. La proverbial arrogancia de Joyce se constata en su actitud desafiante, pues después de ironizar con crueldad sobre cada uno de sus colegas, continúa:

Así que en la distancia me vuelvo a mirar
las ruinas de esa abigarrada dotación,
esas almas que odian el vigor de la mía,
templada en la escuela del viejo Aquino.
Donde ellos se agacharon, se arrastraron y rezaron
yo sigo erguido, con mi propio destino, sin temor,
sin compañía, sin amigos y solo,
indiferente como un escapulario,
firme como las cordilleras donde
lanzo mi cornamenta al aire^[8].

Como ha escrito muy bien Harry Levin, a Joyce no le faltaba algo de razón en su defensa del cosmopolitismo frente al peligroso aldeanismo de sus compatriotas, pero el tono de su escrito era injustamente ofensivo y violento. A propósito de «El día del populacho» dice este crítico:

La forma en que fueron recibidas *El niño del mundo occidental* [*The Playboy of the Western World*], de Synge, y *El arado y las estrellas* [*The Plough and the Stars*], de Sean O'Casey, vino a corroborar a posteriori los reproches de Joyce. Pero en ese primer momento eran injustificados el resentimiento, los sarcasmos contra los filisteos y el tono violento^[9].

Este desapego con respecto a los nacionalistas irlandeses va a convertir a Joyce en una especie de *outsider* en la Universidad; él mismo se enorgullecería siempre, con la arrogancia que lo caracterizaba, de haber vivido en soledad, casi sin amigos. Esa no es exactamente toda la verdad, pues sabemos hoy que el joven Joyce encontró en esos años compañeros con inquietudes intelectuales semejantes a las suyas, con los que confraternizaba y a los que pedía dinero prestado con asiduidad, como George Clancy, Vincent Cosgrave, Constantine P. Curran, Thomas Kettle, Francis Skeffington y J. F. Byrne. Pero sí es cierto que la relación con esos pocos amigos fue muy insatisfactoria para Joyce. De hecho, acabó rompiendo con ellos por motivos diversos, y acusándolos de falsedad y traición; no siempre, sin embargo, la acusación era justa, pues en algunos casos la especial personalidad de Joyce, arrogante y de actitud despreciativa con los que consideraba sus inferiores, no le ayudó precisamente a mantener las amistades. No es sorprendente, por ello, que al acabar su licenciatura en lenguas modernas en junio de 1902, se apresurara a buscar la admisión en la Facultad de Medicina de París, con el fin de

escapar de un ambiente como el dublinés, que se le hacía cada vez más irrespirable.

El 1 de diciembre de 1902 partió, en efecto, para París, vía Londres, y se estableció en la capital de Francia, asistiendo a algunas clases; pero al cabo de una semana de estancia, ya había comprendido que aquella carrera no era lo suyo. Al desánimo ocasionado por la decepción con los estudios de medicina se sumó la difícil situación económica que vivía, que lo obligaba a subsistir casi sin alimentación. Todo ello explica que al llegar la Navidad, y cuando llevaba sólo unas semanas en París, decidiera regresar a Dublín, para lo que sus padres han de hipotecar la casa con el fin de pagarle el billete de regreso. Sin embargo, su firme decisión de abandonar Irlanda no había decaído, de modo que al iniciarse de nuevo el curso después del periodo vacacional, vuelve a París en enero de 1903. Como se ha dicho antes, malvive en el bullicioso ambiente estudiantil y de los bajos fondos parisinos hasta abril, cuando recibe un telegrama de su padre, que le pide que regrese a casa porque su madre está a punto de morir.

Joyce no lo duda un instante, y regresa de inmediato a Dublín. Su madre, enferma de cáncer, tarda aún varios meses en morir (el 13 de agosto de 1903). Esos meses en los que veía a su madre perder fuerza día a día, y la terrible escena de la muerte, cuando el joven James, fiel a su agnosticismo, se niega a arrodillarse y rezar frente al lecho de la difunta, son también elementos decisivos en la conformación de la tormentosa personalidad del artista, que cargará el resto de su vida con el remordimiento y el sentimiento de culpa por su madre. Como han escrito sus biógrafos, la relación de Joyce con su madre era de una gran dependencia, lo que explica también la mayor confianza que luego depositaría en sus amistades femeninas frente a las masculinas, a las que solía acusar de traición y falsedad. Como ha dicho el escritor italiano Italo Svevo que conoció a Joyce en Trieste, el carácter belicoso que lo caracterizaba se debía a

que era «esencialmente un niño de mamá, que no esperaba encontrar hostilidad en el mundo, y que se indignaba de forma desorbitada cuando la hallaba»^[10]. La pérdida de la madre fue, pues, una experiencia traumática, y no sólo para James, sino también para el resto de la familia, que a partir de ese momento se disgregó. Algunos de los hermanos fueron a vivir entonces con el tío William Murray (hermano de la señora Joyce) y su mujer, Josephine Murray, incluido James, aunque por un periodo muy corto de tiempo. A partir de agosto de 1903 y hasta junio de 1904 la vida del joven Joyce es un tormentoso periplo en pos de empleo y de cariño; cambia muchas veces de trabajo, dando clases en un colegio privado en Dalkey, al sur de Dublín, e incluso piensa seriamente dedicarse a cantante, pues llega a ganar un concurso como tenor en mayo de 1904.

Entre las múltiples residencias en este periodo, Joyce habita durante cinco días de septiembre de 1904 en una de las torres Martello, en Sandycove, construidas por los británicos a principios del siglo XIX para hacer frente a una temida invasión francesa de Irlanda con el propósito de liberar al país del yugo británico. Comparte esta torre con Oliver St. John Gogarty, perteneciente a una adinerada familia dublinesa, que acepta pagar el alquiler de la torre con la condición de que Joyce se encargara de la casa. Pero la relación amistosa con Gogarty (el modelo de Buck Mulligan en *Ulises*) se deteriora enseguida, y Joyce escapa una noche de la torre con un agudo desencanto y sensación de haber sido traicionado una vez más por sus amigos. Esta salida intempestiva de la torre, a media noche, y el sentimiento de frustración que lo embargaba son el punto definitivo de partida para el abandono de Irlanda.

En esos momentos Joyce lleva ya varios meses con Nora Barnacle, una chica de veinte años, a la que había conocido el 10 de junio mientras ella trabajaba como camarera del Hotel Finn de Dublín. El carácter abierto, liberal y cari-

ñoso de Nora atrae de manera irresistible al joven Joyce, que —ante el cúmulo de decepciones que sufre, y la pérdida de la figura de la madre— se acerca a Nora y le propone que lo acompañe en su huida de Irlanda, bien entendido que sus convicciones no le permitirán nunca casarse con ella^[11]. Nora acepta la oferta, y el 8 de octubre se ponen en camino hacia Europa. Éste es un hecho que, aunque aparentemente trivial, resulta muy significativo y de gran repercusión en la vida posterior del artista. Como explica el propio Joyce en una carta que le dirige a Nora el 16 de septiembre de 1904: «el hecho de que puedas elegir estar a mi lado de este modo en mi azarosa vida me llena de un gran orgullo y alegría»^[12]. Nora le daría a Joyce, tanto en estos momentos de decaimiento moral como en el futuro, el cariño y la confianza que tanto echaba de menos en su medio familiar y entre sus amigos.

Así pues, el Joyce que encontramos en Pola y en Trieste entre 1904 y 1905, el Joyce que escribe en estos meses los doce cuentos primeros de *Dublineses*, es un joven atormentado, que ha buscado en Europa la libertad, una vida nueva, fuera del asfixiante ambiente de su Dublín natal, lejos del sofocante clima provinciano de Irlanda, donde se siente como un prisionero en una cárcel, donde tiene la convicción de que su arte no puede ser comprendido. Y precisamente la composición de *Dublineses* constituye para el artista una especie de ejercicio de exorcismo contra esos demonios interiores.